**KÉTER**

***Kéter y Maljut***

Kéter es la primera y la más elevada de todas las sefirot. Representa la hegemonía y la autoridad absolutas del Creador sobre todas las fuerzas del universo que creo.

Ahora bien, ésta hegemonía es demasiado poderosa para que la Creación la soporte o pueda comprender. Es solamente en el nivel de la última sefirá, Maljut Hegemonía, que Kéter puede expresarse de un modo tal que la Creación pueda beneficiarse de ella. Es sólo en Maljut que el potencial abstracto de Kéter se manifiesta y se actualiza en concreto. Todas las demás sefirot situadas entre estos dos polos de la existencia sólo tienen como única función general hacer que la autoridad de Kéter-Corona se exprese plenamente en el nivel de Maljut-Hegemonía.

La relación que hay entre Kéter y Maljut se refleja de otra manera. La sefirá de Kéter es Ein [ן י א], la “Nada”, pero también es Aní [י נ א], lo “En Sí Mismo”. Lo mismo es cierto de la sefirá de Maljut.’ Esto puede ser entendido de la siguiente manera: la relación más primaria que existe entre el Creador y Su Creación es la de Causa y Efecto. Cuando algo actúa como causa, es definido como Aní, “aquello que es en sí mismo”. Pero cuando esa misma causa es considerada como un efecto de una causa aún mayor, es definida como Ein, “nada”. Por ello, cuando mira hacia su origen en Ein Sof, la sefirá de Kéter se anula y ya no posee existencia independiente; se dice entonces que Kéter participa del Ein, la Nada absoluta de Ein Sof. Pero cuando mira abajo hacia las demás sefirot, Kéter se constituye en origen y causa de existencia independiente. Y es en este sentido que es caracterizado como Aní.

El atributo de Maljut expresa la relación causal que Dios tiene con Su Creación y, por ello, usualmente es denominado Aní. Pero puesto que Maljut constituye el efecto último y es un recipiente vacío cuya existencia depende completamente de las sefirot situadas por encima de ella, es también denominado Ein, la Nada.

Esto tiene implicaciones importantes en el nivel humano. La palabra hebrea para designar el “Yo” es י נ א (Aní). Si cambiamos de lugar las letras de esta palabra, el resultado será la palabra ן י א (Ein), que denotan la “Nada”. Esto parece implicar que mi “yo” real es la “nada” que está en mi interior.

Para comprender esta idea adecuadamente, valdría la pena explicar de nuevo la diferencia que hay entre una nada que es inefable y una nada que implica la noexistencia. En la Kabalá clásica, los niveles espirituales superiores son denominados Ein-Nada. Es en este sentido que la dimensión de Atzilut y todo lo que existe por encima de él también es definido como Ein. Este mismo principio aplica a Kéter la Corona en el conjunto de las sefirot. Respecto de Jojmá-Sabiduría, que es la segunda sefirá más elevada, la Escritura dice: “La Sabiduría procede de la Nada [Ein]” (Iyob28:12). Esto significa que el nivel de Kéter-Corona, del cual emana la sefirá de JojmáSabiduría, es llamado “Nada”. Esto significa que, aunque la dimensión de Atzilut en general es ‘nada” en un sentido conceptual, Kéter, la más elevada de la sefirot de Atzilut, es “nada” incluso en un sentido espiritual.

Esto también es sugerido por la expresión Ein Sof misma, que literalmente significa “no hay” (Ein) “final” (Sof). No obstante, en un sentido más profundo, la expresión Ein Sof constituye el “atributo negativo” último que puede ser atribuido al Creador.

Implica no sólo que el Creador es único e incomparable respecto de cualquier otro “algo” que exista, sino que también ese “algo” se nulifica en presencia suya. Si se puede decir algo del Creador, esto sería que Él es el “Yesh-Existencia Absoluta” en relación con el cual toda la demás existencia deja de serlo. No obstante, desde nuestra perspectiva, lo más cercano que podemos llegar a concebir la esencia del Creador es el conocimiento de aquello que Él no es. En este sentido, la expresión Ein– Sof también connota el sentido de la “Nada Ultima”. Por ello, los Maestros de la Kabalá emplean la expresión “nada” para referirse a “algo” que no solamente no puede ser descrito, sino que también rebasa nuestra comprensión y es inefable.

Cuando empleamos la expresión Ein-Nada para describir la esencia de un ser humano creado conforme a la imagen del Creador, nos referimos al “Yo” último que no puede ser conocido. Es la fuente intangible de mi voluntad lo que me impulsa a realizar todo aquello que decido hacer. Es una realidad más elevada que el pensamiento mismo, ya que es obvio que es este “Yo” lo que dice a mi mente lo que debe pensar. Es justamente porque la fuente de mi voluntad se halla en un nivel más allá del pensamiento que es imposible imaginarla. Simplemente no existe en mi mente una categoría conceptual que podría ser aplicada a ello. Es por esta razón que cuando trato de imaginarme la fuente de mi voluntad -mi auténtico “yo”-, lo único que puedo describir es “nada”. Desde esta perspectiva, todos los demás atributos de la personalidad humana no son Aní (mi Yo) verdadero, y por ello con mayor exactitud deben ser definidas como mi “ego”.La palabra “ego” se deriva del concepto griego del “yo”, el cual puede ser caracterizado como la suma total de las funciones psíquicas que definen la relación que un ser humano tiene consigo mismo y con el mundo. Si estas funciones del ego no están dirigidas hacia su origen en el Aní, lo único que hacen es obstaculizar el crecimiento y el desarrollo personal. Pero si, por el contrario, se constituyen como vestimentas o expresiones del Aní -en el mismo sentido en que las sefirot de Jojmá a Maljut son expresiones de Kéter-, entonces el elemento básico de la personalidad, que es la voluntad, también puede vincularse con su origen, que es la Voluntad Divina. Cuanto más un ser humano se identifique con el verdadero Aní-Ein, tanto más estará en contacto con el aspecto de lo Divino que reside dentro de él.

En última instancia, esto implica atraer la dimensión espiritual hacia la física e integrar los más elevados niveles de conciencia en la vida de la persona. El ser humano realmente se asemeja a su Creador cuando, después de trascender su propia personalidad y reconocer que, en cierto sentido, su esencia está unida con Él, se da cuenta de que la existencia misma constituye un maravilloso regalo de amor y bondad que debe compartir con los demás. Pues, así como Dios es inmanente en Su Creación y continuamente conduce al mundo hacia su perfección última, el auténtico propósito del ser humano es hacer lo mismo. Cuando conecta su propia voluntad con la del Creador, su potencial para transformar el mundo en un Maljut, un sistema celestial, es ilimitado.

Por: Rab Aryeh Kaplan.